

... y es de tres cuantos soy y cuanto valgo. Y el
viejo hundaba las lágrimas y besos el rostro del niño.
¡Eso es México!!!
... el supuesto que aquello fue el delirio... las mujeres...
... las mujeres lloraban porque al fin son mujeres... y
la mujer en todas partes se llama sencillamente y con razón...
... o sentía como gorda la garganta; como radiante el al
ma... Qué ancho me sentía como dicen en mi tierra, con
aquella Julia y su viejo padre!
—Ahora, me dijo mi amigo, entremos en explicaciones
más serias sobre el divorcio.

—Pero, estas cosas... ya te pondré en comunica-
ción con muchos sabios que honrificarán en mi tierra y que
te echarán sermones que te dejen con tanta boca-
Abad, chico.

MUY conmovidas encontré á Pepa y á Sofia por nues-
tra conversacion del dia anterior; cuando llegué á la
casa, aun se ocupaban de ella con D. Antonio, que es el
nombre del viejo, sesudo representante de la imparcialidad
la noche anterior.
Don Pedro, que es el nombre del otro estimable viejo,
decia:
—¡Ojalá no hubiera sido la conversacion entre señoras;
por eso callaba yo: si hubiera sido entre hombres de mun-
do, yo habria mostrado que la prostitucion llega á un grado
inverosímil. Yo habria dicho de las casas ó establecimientos
para dejar sin *naissance* (sin estorbos), á las jóvenes desdi-
chadas; habria pintado, con los colores á que se presta, la

colosal fortuna hecha por una criatura para procurar á
... de las jóvenes...
Y Dora Sofia, conmovida, ya recordaba lo que acontecia
en Indiana donde el diablo solo reduce la simple man-
festacion de discorde entre los gemos. Llegaba por el terro-
rante un matrimonio, se presentaba y al volver á partir el
fueron recibidos por siempre por sus sagrados vin-
culos.
Muchos recorren en las estaciones de Indiana y Indiana
al llegar los wagons. Viene minutos para divorciarse.
—Varios años de esposos habra yo visto, árido
el hecho que dicen... con espíritu.
... con una... con una... con una...

XXX

Lo de enantes.—La marina.—El Cementerio.
Lo que espanta es que aun en la sociedad puritana, co-
mo en Vermont, Maine, New-Hampshire, Tíndebra y otros
paises, se muestra ese desprecio por la duracion de la vida

MUY conmovidas encontré á Pepa y á Sofia por nues-
tra conversacion del dia anterior; cuando llegué á la
casa, aun se ocupaban de ella con D. Antonio, que es el
nombre del viejo, sesudo representante de la imparcialidad
la noche anterior.
Don Pedro, que es el nombre del otro estimable viejo,
decia:
—¡Ojalá no hubiera sido la conversacion entre señoras;
por eso callaba yo: si hubiera sido entre hombres de mun-
do, yo habria mostrado que la prostitucion llega á un grado
inverosímil. Yo habria dicho de las casas ó establecimientos
para dejar sin *naissance* (sin estorbos), á las jóvenes desdi-
chadas; habria pintado, con los colores á que se presta, la

colosal fortuna hecha por una charlatana para procurar *la soledad* permanente de las jóvenes.

Y Doña Sofía, continuaba, ya recordarán lo que acontecía en Indiana, donde el divorcio solo requería la simple manifestación de discordancia de génius. Llegaba por el ferrocarril un matrimonio, se presentaba, y al volver á partir el tren, estaban desligados para siempre los más sagrados vínculos.

Muchos cócoras, en las estaciones de Indiana, gritaban al llegar los wagones: “¡Veinte minutos para divorciarse!”

—Varios anuncios de abogados habrá vd. visto, añadió D. Pedro, que dicen: *Fulano,—Licenciado,—Con especialidad para el divorcio, con causa ó sin ella, cinco pesos.—Consultas gratis.*

Lo que espanta es que aun en la sociedad puritana, como en Vermont, Maine, New-Hampshire, Filadelfia y otros pueblos, se muestre ese disgusto por la duración de la vida conyugal y ese *horror por los niños*, como decía M. Dirou, y que más bien en el Oeste y en las poblaciones más sencillas, se hayan refugiado los más puros sentimientos de la naturaleza.

Mr. Jannet, en su obra titulada: “Los Estados-Unidos contemporáneos,” publicada en 1876, dice:

“Los últimos censos tienen demostrado que en los Estados del Este, la población no crece con especialidad, sino en los distritos manufactureros, donde afluyen los inmigrantes. En los distritos rurales, ó permanece estacionaria, ó disminuye. Los últimos datos sobre la población de Rhode-Island, prueban que cien americanos tienen por término medio dos hijos por año, mientras seis emigrados tienen seis.

Si este desorden continúa, no habrá dentro de cincuenta años un solo habitante de la raza anglo-sajona.”

—Contaré á vdes., interrumpió un joven guatemalteco, que nos escuchaba, una anécdota que es característica, y que reasume, por decirlo así, cuanto hemos hablado sobre el particular

Julio Martínez llamaremos al joven. Contrajo matrimonio con una lindísima *lady*, que pudiéramos llamar una de las más ricas joyas de la 5ª avenida, porque Esther era no solo hermosa, sino que su padre poseía opulenta fortuna.

Los primeros albores de la luna de miel los hallaron como dos tórtolas; eran la envidia y el modelo de los amantes entusiastas.

Julio es nativo de la Habana, hermoso, perfectamente educado y de riquísimo caudal. Emigró de su país por causas políticas, se enamoró de Esther, fué correspondido y se creía el más feliz de los mortales con su enlace.

Un día, y cuando no se sospechaba siquiera, llegaron á Julio cartas de la Habana en que le participaban que su familia estaba perseguida, que sus bienes los había confiscado el gobierno y que no contase con auxilio alguno.

El joven participó el acontecimiento á la esposa, lleno de consternación, y como consecuencia le propuso la reducción de gastos y su cambio á una modesta habitación.

La joven escuchó con suma frialdad, casi con indiferencia, aquel relato, y le dijo con cierto tono de superficialidad:

—A la modesta habitación, te vas solo.

—¡Cómo! replicó sorprendido el marido, ¿no me sigues?

—Oh! á ese barrio de obreras? . . . vas tú solito.

Quiso el marido esforzarse y obligar á su consorte; pero

todo fué en vano. No habia pasado una hora de esta conversacion, cuando Esther estaba en un hotel y el matrimonio en realidad disuelto.

Julio . . . abandonó la casa en que vivia . . . y no se volvió á saber de él

Esther se dirigió á la casa de su padre.

—Vengo á decir á vd., le expuso, que Julio me quiere llevar á una casa indigna de nosotros, muy pobre.

—Oh! esa es tu cuenta dijo el padre.

—Yo he resistido, y me vengo á mi casa.

—Oh! tú irás con tu marido ó por tu lado; esa es tu cuenta Esta no es tu casa.

—La beldad no se dió por derrotada: se encerró en su cuarto del hotel á calcular, y se encontró con que tenia un *obstáculo* (¡un hijo!) que le impedia discurrir con libertad.

Nada más sencillo como proemio de sus planes, hizo desaparecer *el obstáculo* y quedó como soltera.

Entónces, exhumó sus correspondencias amorosas, pasó una especie de circular á sus antiguos pretendientes, y la tiene vd. instalada de nuevo en su 5ª avenida, merced á la prodigalidad de un judío millonario, que fué el mejor postor.

—Eso es espantoso, exclamé yo.

—Será lo que vd. guste, me dijo D. Pedro; pero en esa foja arrancada del Album de la vida íntima, tiene vd. la facilidad de romper las relaciones más estrechas, los vínculos más sagrados, el horror á los niños y la subasta y el remate al martillo.

Uno de mis compañeros llegó en aquel momento, y tomó otro giro la conversacion.

Habia hecho, en union de los Sres. Iglesias, Gomez del Palacio y otros mexicanos, un hermoso paseo en la Bahía, invitados y obsequiados por el Sr. D. Romualdo Pacheco, una de las personas más distinguidas y amables que tratamos en California.

Antes de ceder la palabra á mi amigo, en lo que ganarán sin duda mis lectores, para la relacion de su paseo, me la concedo yo para hacer la presentacion del Sr. Pacheco en toda regla.

El Sr. D. Romualdo Pacheco nació en el pueblo de Santa Bárbara, donde tenia ricas posesiones y numerosos ganados su familia.

Quince años tenia el jóven Pacheco cuando se verificó la guerra americana, y de sus resultas, su cambio de nacionalidad.

Pacheco partió para Paris, donde perfeccionó su educacion, y vino á ejercer, como juez de su condado, las primeras funciones públicas, con aplauso universal.

Abrazó el partido republicano, se le nombró tesorero del Estado: sus talentos y virtudes le granjearon la estimacion pública, y en 1871 le hizo el voto popular teniente gobernador, y quedó al fin ejerciendo el mando como gobernador, por renuncia que hizo Mr. Booth, nombrado para ese encargo.

Hé aquí los términos en que habló entónces del Sr. Pacheco, el periódico más acreditado de California:

“En su carrera pública, el gobernador Pacheco ha sido probo entre los probos y honrado entre los honrados. Ja-